

# Una periodización de las ideas latinoamericanas del siglo XX

Adriana Arpini

Con la finalización de las guerras de independencia –Batalla de Ayacucho (1824)–, se produjo el quiebre de la estructura jurídico-política del estado colonial, que se había impuesto en los territorios de América continental dominados por España. A partir de ese momento se transitó hacia nuevas formas de organización que fueron surgiendo progresivamente a medida que se aceleró la configuración del modelo de “capitalismo periférico”. Ello requirió de los grupos más progresistas del sector dominante la capacidad de organizar economías nacionales dinámicas, para responder a las demandas de productos primarios en el mercado mundial y controlar procesos de poblamiento y expansión agrícola, sorteando las resistencias de las estructuras coloniales. La organización de los Estados nacionales fue vista como garantía de orden y progreso. Los proyectos de modernización, que con pocas variaciones fueron implementados en las diversas regiones de América Latina durante el siglo XIX, significaron la progresiva transformación del modo de producción y de las estructuras jurídicas y administrativas de los jóvenes Estados nacionales. Dichos proyectos de modernización comenzaron a afianzarse a partir de las últimas décadas del siglo XIX. Los discursos a través de los cuales se manifestaron las propuestas modernizadoras no resultaron unívocos. Efectivamente, junto a los discursos que lograron imponerse como

justificación y legitimación de las medidas que se fueron implementando, existieron otros discursos en los que se mostraron posiciones críticas y propuestas divergentes.

Nos proponemos esbozar una periodización de las heterogéneas manifestaciones discursivas en que se plasmaron los “proyectos de modernización” formulados e implementados en distintas regiones de América Latina desde las últimas décadas del siglo XIX y a lo largo del siglo XX. Por una parte, un análisis realizado sobre el eje de la diacronía permite diferenciar etapas y señalar momentos de inflexión de los diversos modos de implementación de la modernización en la región subcontinental. Por otra parte, la heterogeneidad se manifiesta también cuando se encara un análisis de tipo sincrónico. Es decir, junto al discurso que en un determinado momento resultó expresión hegemónica de los proyectos de modernización en el plano económico, social, político, educativo, jurídico, tuvieron lugar otras expresiones, antagónicas y/o alternativas respecto de aquéllas. Su examen permite descubrir importantes aristas críticas y aun formulaciones alternativas, cuyo conocimiento favorece una comprensión más acabada de nuestro pasado y enriquece la interpretación del presente, en función de facilitar el surgimiento de nuevas propuestas de acción. Contribuye, además, a redimensionar los alcances de los procesos de modernización que hoy vivimos y reorientar los estudios en ámbitos disciplinares estrechamente vinculados al ejercicio de la razón práctica, así como en el ámbito específico de la Historia de las Ideas.

La posibilidad de delimitar y sugerir una periodización de los “proyectos modernizadores” implementados en América Latina desde las últimas décadas del siglo XIX implica tener en cuenta, por un lado, la peculiar mirada desde una forma de racionalidad involucrada con el obrar, con los valores, normas y juicios que orientan las acciones de los hombres tanto en lo individual y privado como en lo social y público. Implica, por otro lado, reconocer la heterogeneidad intrínseca de la modernidad en general, y en particular, las formas que ésta adoptó en América Latina. En este sentido Jesús Martín Barbero habla

de *modernidades*, como término que introduce una torsión en el debate, en la medida que pensar la modernidad *desde aquí* supone tomar en cuenta, también, la heterogeneidad de América Latina: "su modo descentrado, desviado de inclusión en la modernidad y de apropiación de ella [...] de nuestro particular malestar en la modernidad y con ella" (Martín Barbero, J., 1995, 51–62). Así pues, cabe hablar de *modernidades* para diferenciar los procesos que tuvieron lugar en Europa y América Latina respectivamente. Pero cabe también apreciar diferencias en el interior de cada uno de estos procesos.

Abordaremos en primer lugar la caracterización del punto de partida, es decir nuestro presente, desde el cual miramos nuestro pasado, lo interrogamos y lo cuestionamos, en un intento por comprenderlo y superarlo. En segundo lugar aportamos algunos hitos que permitan ordenar la comprensión del pasado más reciente.

### **1. El presente desde el que se interroga al pasado**

Si se trata de entablar una relación dialógica con un conjunto de ideas constitutivas del plexo epocal del siglo XX latinoamericano, entonces es necesario profundizar también en la caracterización de la situación que constituye el punto de partida de los análisis. En otras palabras, nos hemos preguntado por los rasgos distintivos de la modernización que transitamos, sus dislocaciones y conflictos. Esto responde a una exigencia teórico-metodológica que surge de considerar al discurso producido, al texto, como lugar de encuentro, es decir como espacio en el que entran en relación por lo menos dos universos discursivos, cada uno con sus propias tensiones y conflictos. De modo que la interpretación del pasado es *una* interpretación en buena medida condicionada por las preguntas formuladas desde el presente en vistas de abrir posibilidades futuras. Se trata, en fin, de poner en ejercicio una hermenéutica dinámica, a la vez crítica y autocrítica.

Sin duda el término *globalización* es utilizado en distintos ámbitos discursivos para caracterizar el estilo de modernización que se vive/padece desde la última década del siglo XX. Desde el fin de la Guerra Fría se hicieron evidentes algunos cambios en el mundo, que han variado las interpretaciones clásicas sobre el sistema internacional, a partir de un trazado menos nítido de fronteras entre lo nacional y lo internacional. Sin embargo, a pesar de cierto optimismo informacional ilustrado, que las tecnologías de la comunicación hacen posible, no queda claro que los ciudadanos comunes, sumergidos en las urgencias y prioridades de la vida cotidiana, sepamos a qué atenernos. Identificar una situación no siempre significa saber cómo actuar frente a ella o cómo modificarla en función de las propias necesidades. Sin embargo contribuye a reconocer los elementos que intervienen y el modo en que se relacionan, posibilitando su objetivación y análisis crítico, así como el diseño de alternativas de superación.

Si se atiende a una caracterización de la globalización como proceso autorregulado que deja de lado la injerencia constructiva de los sujetos concretos a los que afecta, se corre el riesgo de abstraer dicho proceso de las condiciones históricas y socio-políticas en las que se desarrolla, hipostasiándolo a partir de uno de sus componentes: la transnacionalización de la economía de mercado. Sin embargo, no se trata de un proceso que obedece a la naturaleza de las cosas, sino que es el producto más acabado de una racionalidad instrumental agresiva. En este sentido puede comprenderse la afirmación de Giddens acerca de que en nuestros días vivimos *una incertidumbre fabricada*. (Cfr. Giddens, A., 1996)<sup>1</sup>. Sostiene Giddens que entre los riesgos que la vida implicó siempre, existe hoy uno que es resultado de la intervención humana en la naturaleza y en las condiciones de la vida social, agudizado en las últimas cuatro décadas, desde los años '60, al que denomina *incertidumbre fabricada*.

---

<sup>1</sup> Utilizamos la expresión *incertidumbre fabricada* en la medida que resulta ilustrativa para caracterizar la situación presente, pero ello no implica la aceptación acrítica de la totalidad del planteo del autor.

Sus características se prestan a una interpretación y valoración anfíbológica: universalización, no sólo del fenómeno económico, sino de la transformación del espacio y el tiempo como resultado de la acción a distancia de los medios de comunicación social; orden social postradicional, que implica un cambio en las categorías explicativas tradicionales; capacidad social de reflexión que surge, frente a la inexistencia de respuestas dadas, como necesidad de los individuos de involucrarse en el mundo que los rodea para sobrevivir. De modo que el capitalismo en expansión encuentra hoy no sólo los límites medioambientales sino también los de la *incertidumbre fabricada*.

Entre los elementos que intervienen en la fabricación de la incertidumbre, los referidos a las transformaciones en las tecnologías de la comunicación revisten principal importancia. Los minuciosos análisis de Manuel Castells sobre el particular, le llevan a afirmar que en la década de los '70 se constituyó un nuevo paradigma tecnológico organizado en torno a la tecnología de la información, que materializó un nuevo modo de producir, comunicar, gestionar y vivir. Según el autor, un análisis de la revolución en el terreno de las tecnologías de la comunicación permite penetrar con capacidad explicativa en todos los ámbitos de la actividad humana. (Cfr. Castells, M., 1997/1998). Si bien la tecnología no determina la sociedad, tampoco ésta dicta el curso de los cambios tecnológicos, ya que intervienen muchos elementos, resultando un modelo complejo de interacción. Sin embargo una sociedad no puede ser entendida sin sus herramientas técnicas. A partir de los '70, el énfasis en los instrumentos personalizados (PC), la interactividad, la interconexión y la búsqueda incesante de innovación tecnológica, muestran claramente una discontinuidad con la precavida tradición del mundo empresarial que prosperó con anterioridad. Lo decisivo en el modo de desarrollo informacional es "la acción del conocimiento sobre sí mismo como principal fuente de productividad"; es decir, el principio estructural del informacionalismo se orienta hacia la acumulación de conocimientos y hacia los grados más elevados

de complejidad en el procesamiento de la información. Ello requiere de una conexión especialmente estrecha entre cultura y fuerzas productivas; de modo que cuando las innovaciones tecnológicas no se difunden en la sociedad por obstáculos institucionales o estructurales, se sigue un retraso tecnológico por ausencia de retroalimentación social/cultural.

El modelo de desarrollo informacional significa, a fines del siglo XX, una reestructuración del modo capitalista de producción. “El factor histórico más decisivo para acelerar, canalizar y modelar el paradigma de la tecnología de la innovación e inducir sus formas sociales asociadas –sostiene Castells– fue/ es el proceso de reestructuración capitalista emprendido desde la década de 1980, así que resulta adecuado caracterizar el nuevo sistema tecnoeconómico de *capitalismo informacional*” (*Ibidem*, 44). Con el agotamiento del modelo keynesiano, ciertos gobiernos y empresas (no ciertamente los gobiernos de las regiones periféricas ni las pequeñas y medianas empresas de nuestros países) iniciaron la *perestroika capitalista* en un proceso de tanteos y reformas, que se proponen las siguientes metas: profundizar la lógica capitalista de búsqueda de beneficios en la relación capital-trabajo; intensificar la productividad del trabajo y del capital; globalizar la producción, la circulación y los mercados aprovechando la oportunidad de condiciones más ventajosas para obtener beneficios en todas partes; conseguir el apoyo estatal para el aumento de la productividad y competitividad de las economías nacionales, casi siempre en detrimento de la protección social y el interés público. Estos rasgos caracterizan una *economía global/informacional*.

La transformación de la cultura material por obra del nuevo paradigma contribuye a establecer las bases de una nueva etapa histórica, de ahí que pueda hablarse de una revolución: la tecnología de la información introduce una discontinuidad en la base material de la economía, la sociedad y la cultura, semejante en importancia histórica a la inducida por la revolución industrial. Lo que caracteriza a la revolución que vivimos/sufrimos no es el carácter central del conocimiento y

la información, sino su aplicación a aparatos que generan conocimientos y procesamiento de información/comunicación, en un círculo de retroalimentación acumulativo entre la innovación y sus usos, que abarcan también a las tecnologías de la vida (ingeniería genética). Por primera vez en la historia la mente humana es una fuerza productiva directa, no sólo un elemento decisivo en el sistema de producción. Sin embargo, no es un acontecimiento aislado; refleja un estado del conocimiento, un entorno institucional e industrial, cierta disponibilidad para resolver técnicamente los problemas, una mentalidad económica orientada a la rentabilidad, una red de productores y usuarios que puedan comunicar acumulativamente sus experiencias.

Todas estas características, no por abrumadoras menos ciertas, nos mueven a interrogarnos, en general, acerca de las alteraciones que la revolución informacional introduce en el mundo que vivimos; y en particular, acerca del acceso diferencial a los beneficios que el nuevo paradigma podría prodigar, lo cual implica reconocer de entrada *desigualdades*. Más aún, cabe indagar acerca de una desigualdad más radical; aquella que consiste en la posibilidad misma de acceder a la condición de actor en el nuevo sistema o reconocer que éste está penetrado de una lógica perversa de *exclusión*. Todas estas cuestiones que contribuyen a profundizar la *incertidumbre* de la que habla Giddens, se plantean como espinosos interrogantes para la razón práctica.

Ahora bien, descontada la utilidad del término *incertidumbre fabricada* para sintetizar el diagnóstico de la situación contemporánea; quedan cuestiones abiertas que aún no han sido encaradas en forma suficientemente resuelta por científicos sociales y politólogos, evidenciando cierta *resignación* frente a los fenómenos sociales que parecieran ocurrir a sus espaldas. ¿Hasta qué punto la dinámica de los procesos económicos, tecnológicos, políticos, culturales resuelta independiente de la voluntad de los sujetos? ¿de qué sujetos? ¿quiénes deben resignarse y quiénes son los que deciden?; ¿de qué manera los cambios que puedan operarse, ya sea en la macro-esfera de las

transformaciones tecnológicas o en la micro-esfera de la vida privada, pueden conmover situaciones estructurales de injusticia social? Cuando se habla de reparar solidaridades dañadas, ¿qué es lo que debe repararse: los efectos del sistema o las condiciones que hicieron posible la *incertidumbre fabricada*?, en cualquier caso ¿no se trata de un círculo sin fin? Por otra parte, ¿de qué manera sería posible desde la práctica de una democracia dialogante reemplazar los mecanismos de una política de apariencia democrática, pero representativa de intereses sectoriales y particulares? Éstos y otros interrogantes puestos en el foco de los debates muestran las grietas de la modernización que vivimos y requieren, hoy por hoy, profundizar la discusión.

Cabe apreciar que el malestar y la incertidumbre surgen como consecuencia de una interpretación realista –de un realismo llano– de las relaciones económicas, sociales y políticas dentro del modelo global que enfatiza la anarquía del sistema internacional, por cuanto cada Estado o actor económico busca su propio interés. Situación que incide en la desarticulación de los sujetos sociales. Pues, por una parte, acelera la destrucción de las comunidades en la medida que contribuye a la disolución de los lazos sociales compartidos y consensuados y, por consiguiente, produce un desgaste de las bases de la democracia; y por otra parte, como consecuencia acumulativa de lo anterior, la incertidumbre afecta la propia subjetividad individual generando un efecto de fragmentación.

Sin embargo, desde otro punto de vista, cabría intentar una interpretación de las relaciones mundiales apoyada en la tradición racionalista que contempla no sólo la competencia sino también la cooperación entre países y actores sociales. Tradición que, además, prevé la posibilidad de promover leyes e instituciones que garanticen una convivencia internacional basada en el respeto a las diferencias. En esta línea es dable potenciar el desarrollo de una comunidad humana sostenida sobre normas morales que sean reaseguro del respeto a la vida

y a la dignidad individual y colectiva. (Aguirre, M., 1995, 73)<sup>2</sup>. Esto fecunda una tendencia que apunta a la vigencia planetaria de una ciudadanía social plena, basada en el paradigma de los Derechos Humanos. En este sentido, el desafío consiste en armonizar un modelo planetario con la satisfacción de las necesidades básicas de millones de personas.

## **2. Hitos para una periodización de las ideas latinoamericanas del siglo XX**

La caracterización que venimos realizando de la actual situación socio-histórica deja numerosos interrogantes abiertos y cuestiones conflictivas en las que será necesario profundizar convocando el esfuerzo de otras disciplinas. Por otra parte, esta situación, en toda su complejidad y heterogeneidad, es la resultante de procesos históricos desarrollados en el pasado reciente (s. XX) y cuyos antecedentes se remontan a más de 500 años. No obstante es desde este presente concreto que miramos el pasado reciente y lo interrogamos en procura de una mejor comprensión –tanto del pasado como del presente–. Comprensión que nos permita abrir posibilidades nuevas, diseñar cursos alternativos de acción, estar prevenidos ante el riesgo de reiterar viejos errores.

Intentaremos, pues, sintetizar algunos elementos que nos permitan aproximarnos a un esbozo de periodización de las ideas latinoamericanas en el pasado reciente. No es nuestro propósito dejar establecida, con carácter fijo y determinante, una serie de etapas; con lo cual estaríamos negando el carácter dialógico de la interpretación histórica. Antes bien, nuestro

---

2 Existen, según el autor, tres tradiciones básicas sobre las relaciones internacionales: La *realista o maquiavélica*, que enfatiza la anarquía de la sociedad internacional, predominó a lo largo del siglo XX hasta los años '70; la *racionalista, institucionalista o grociana*, basada en el desarrollo de las leyes, las instituciones y la diplomacia; la *idealista o kantiana*, que sostiene la posibilidad de desarrollar una comunidad humana a partir del respeto a ciertas normas morales. Las dos últimas han comenzado a ganar terreno en las décadas recientes.

interés es trabajar en el ámbito de la historia de las ideas latinoamericanas a partir de la hipótesis de que junto a las ideas que orientaron los procesos modernizadores que resultaron hegemónicamente implementados desde fines del siglo XIX, durante un lapso que abarca poco más de una centuria, existió otro conjunto de ideas y/o proyectos que fueron alternativos o abiertamente críticos de aquellos que acabaron por imponerse. De ahí que nuestro interés en reconocer ciertos hitos en torno a los cuales se articulan diferentes modulaciones de la modernización, responda a una necesidad de contar con un criterio ordenador, frente a las insuficiencias, para nuestro propósito, de otros criterios habitualmente utilizados en historia de las ideas como el de las generaciones, el de las influencias; los cuales dificultan la comprensión de los conflictos y de los desarrollos de ideas alternativas.

La etapa que, con las salvedades antes señaladas, nos interesa periodizar es la que se abre para América Latina en las últimas décadas del siglo XIX, alrededor de 1880, y se prolonga hasta fines del siglo XX. Esta centuria extendida comienza cuando se ha completado, para la mayoría de los países de la región subcontinental, la transición del régimen colonial hacia una situación de "capitalismo periférico"; sobre todo en aquellos países donde la economía fue organizada por un sector social dinámico, emergente, que fue exitoso en su capacidad de dar respuestas a las demandas de productos primarios en el mercado mundial; encarando al mismo tiempo la construcción del Estado nacional, tanto en el ámbito material como simbólico. De esta manera se impone un modelo de nación moderna, un cierto estilo de modernización que es funcional a la situación de "capitalismo periférico". Lo que justifica que se hable de "modernizaciones desde arriba" (Cfr. Amin, S. y González Casanova, P., 1995; Cardoso, C., y Pérez Brignoli, H., 1987; Halperín Donghi, T., 1985; Tarcus, H., 1989).

En el interior de este lapso es posible destacar al menos dos momentos de inflexión: el primero en torno a 1930 y el segundo alrededor de 1970; momentos críticos en los que se

deja sentir el impacto de las crisis en el ámbito mundial y ponen de manifiesto la vulnerabilidad exterior, no sólo de las economías, sino del completo esquema modernizador implementado. Razón por la cual se habla también de “modernizaciones implantadas”, las cuales se articularon en tres períodos en torno a las fechas mencionadas. El primero se extiende desde 1880 hasta 1930; el segundo va desde 1930 a 1970 y el tercero se prolonga desde esta última fecha en adelante.

El período que se extiende entre 1880 y 1930, aproximadamente, se caracteriza por un estilo de modernización basado en el “pacto neocolonial”, que se afirma conforme se modifica de manera favorable a las metrópolis, añadiendo a la dependencia mercantil, la financiera, esbozándose, con diversos grados de intensidad según las regiones, formas de dependencia política y militar. En ausencia de un sistema de regulación internacional, el equilibrio económico y también político se regula mediante un ajuste estructural de los más débiles a las condiciones de los más poderosos. Desde el punto de vista socio-político interno se da la emergencia de los sectores medios y trabajadores, los inicios de la democratización y de las políticas sociales (salud, educación), la realización de obras de infraestructura. Los desajustes estructurales, que son motivo de situaciones de injusticia social, no pasan inadvertidos y son denunciados y criticados desde posiciones alternativas. Así, por ejemplo, la crítica social al proyecto modernizador llevada adelante por José Carlos Mariátegui en el Perú, o bien las que en el terreno de la cultura realiza el argentino Manuel Ugarte, entre otros. En el presente volumen se ha prestado especial atención a las consecuencias políticas a que dio lugar, entre finales del siglo XIX y principios del XX, la concepción del “desierto” que surge de la obra de Domingo Faustino Sarmiento (Cfr. en este volumen cap. II, 119). También se analiza la percepción alternativa del proceso modernizador que se manifiesta en cierta orientación de la literatura rioplatense vinculada a la bohemia anarquista, durante la primera década del siglo XX, a través de la producción de Alberto Ghirardo (Cfr. cap. II, 131). Asimismo se estudia el discurso utópico de Pierre

Quiroule al proyectar *La ciudad anarquista americana* en 1914 (Cfr. cap. II, 143). Otra visión alternativa de la modernización se manifiesta en la tensión entre marxismo y feminismo expresada por Angélica Mendoza a través de las páginas de *Cárcel de mujeres*, publicado en 1933 (Cfr. cap. II, 175).

Entre 1930 y 1970, aproximadamente, se extiende un período cuyo comienzo está marcado por la manifiesta “crisis del pacto neocolonial” y la necesidad de una forma de regulación de la economía internacional. El conjunto de medidas impactó diversamente en la vida de nuestras naciones; en general, la sustitución de importaciones constituye la pauta del desarrollo industrial, aun cuando la falta de tecnología y la ausencia de retroalimentación entre investigación científica y tecnología aplicada constituyó, en un plazo no largo, un obstáculo para el desarrollo. Al mismo tiempo se observa la masificación del proceso de trabajo y sus consecuencias ideológicas que inducen un modelo de ciudadano medio con ciertos hábitos de consumo y aspiraciones sociales. Durante la posguerra se gesta, por una parte, la ideología desarrollista y se manifiesta, por otra parte, una progresiva toma de conciencia del lugar de América Latina en el emergente Tercer Mundo. Hacia 1960 se evidencian las insuficiencias de la etapa inmediata anterior y con el advenimiento del régimen socialista cubano se pone al descubierto la manera estrecha en que los desequilibrios económico-sociales impactan sobre las construcciones ideológicas y políticas. La búsqueda de alternativas teóricas y prácticas tuvo expresión a través de la “Teoría de la Dependencia” en el terreno de las ideas sociales; de la “Filosofía de la Liberación” según la propuesta de Enrique Dussel; la educación liberadora surgida de la obra de Paulo Freire; la crítica a la cultura de la dependencia y sus valores llevada adelante por Augusto Salazar Bondy; entre otros. En diferentes capítulos de este volumen se analizan por una parte el manejo de las funciones de historización y deshistorización a propósito de la interpretación que Roberto Fernández Retamar realiza de la relación entre *Nuestra América y Occidente* (Cfr. cap. II, 199). Otro autor cubano, Fernando

Ortiz, nos brinda la posibilidad de comprender la relación entre la universalidad del género humano y la particularidad de las identidades culturales, criticando y superando las estrechas visiones racialistas, plasmadas en *El engaño de las razas* de 1946 (Cfr. cap. II, 227). Por otra parte, se realiza una interpretación de la imagen del propio mundo que nos devuelve Gabriel García Márquez a través del cuento “El ahogado más hermoso del mundo” (Cfr. cap. II, 215). Estamos conscientes de que el listado de manifestaciones discursivas que se construyeron como respuestas alternativas al modelo hegemónico de modernización dista mucho de estar completo. Mencionamos preferentemente aquellas expresiones que son objeto de estudio en los trabajos incluidos en el presente volumen.

Si bien todo el ciclo de posguerra (desde 1945 hasta 1990) puede considerarse como una etapa de transición entre el industrialismo y un sistema productivo efectivamente globalizado, a partir de los años ‘70 comienza a implementarse un nuevo modelo modernizador, como consecuencia de la crisis no del capitalismo, sino del modelo keynesiano. La modernización que entonces se implementa *desde arriba* se diferenció no tanto por la infraestructura económica, cuanto por el carácter autoritario y excluyente que revistió su puesta en marcha, que se manifestó ideológicamente en una particular resemantización de las categorías “civilización” y “barbarie”. En el presente volumen se incluye un análisis del modo en que estas categorías y la misma figura de Sarmiento resultaron resignificadas en el discurso que se instaló en la prensa escrita en la Argentina de 1976 (Cfr. cap. II, 265).

Los signos de cambio en el sistema internacional que se evidencian progresivamente desde el fin de la guerra fría y producen lo que, usando el término de Giddens, hemos englobado bajo el título de *incertidumbre fabricada*, la implementación del paradigma del *capitalismo informacional*, las contradicciones económicas, sociales, políticas e ideológicas de la *globalización* son las marcas de la modernización que transitamos. El análisis de las respuestas críticas y alternativas que históricamente

se han dado a los proyectos modernizadores que han surcado la vida de nuestras naciones, contribuye a echar luz sobre los desafíos que hoy enfrentamos. El debate en torno a la configuración del actual modelo de modernización tiene expresión a través de autores que abordan la problemática de la pluralidad de culturas y de la posibilidad de un estado plural, como en el caso de Luis Villoro, entre otros (Cfr. II, 227); o que enfrentan el desafío de pensar su tiempo, aun cuando ello implica revisar esquemas teóricos y actualizar categorías, en busca de respuestas adecuadas a los nuevos conflictos, como en los casos de las producciones de Darcy Ribeiro y Paulo Freire posteriores a 1980 (Cfr. II, 241 y II, 251).

La cronología esbozada señala tres ciclos modernizadores implementados *desde arriba* e impuestos con diverso grado de violencia a la sociedad civil. La misma comprende a todas las regiones de América Latina, aunque es necesario reconocer matices en cada situación particular. Tal cronología es tomada como criterio ordenador, no determinante, admite modificaciones eventuales de acuerdo con las características peculiares de las situaciones que constituyen el contexto de los discursos que en cada caso sean considerados. La pensamos, pues, como marco general de referencia para una tarea de análisis y comprensión histórica que entendemos necesaria, aunque compleja, dificultosa y lenta.

## Bibliografía

- Aguirre, Mariano, *Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización*, Barcelona, Icaria, 1995.
- Amin, Samir y González Casanova, Pablo, (Directores), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur*, Barcelona, Anthropos, 1995.
- Cardoso, Ciro y Pérez Brignoli, Héctor, *Historia económica de América Latina*, vol II: *Economías de exportación y desarrollo capitalista*, Barcelona, Crítica, 4<sup>o</sup> edición, 1987.

- Castells, Manuel, *La sociedad red. La era de la información: Economía, sociedad, cultura*, Madrid, Alianza, 1997, 1998.
- Giddens, Anthony, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra, 1996.
- Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 11<sup>o</sup> edición, 1985.
- Martín Barbero, Jesús, "Modernidad, posmodernidad, modernidades. Discurso sobre la crisis y la diferencia", en: *Disenso*, N<sup>o</sup> 1, Tübingen (1995) 51-62.
- Tarcus, Horacio, "¿Qué peronismo tras el ocaso del populismo?", en: *Utopías del Sur*, Año II, N<sup>o</sup> 3, primavera de 1989, 7-10.